

LA SAETA

SEM ANARIO ILUSTRADO

Año X

Barcelona, 29 de Junio de 1899

Nim. 449



En el bosque.

¡Caracoles!



Ahora, ahora sí que rabiará Salisbury.

Porque ya España no se hunde, ni se liquida, ni se descompone, ni va á donde dijo el lord inglés que iban los pueblos degenerados.

Dentro de poco ataremos los perros con longanizas, y será Jauja toda la nación. El mundo asombrado encontrará aquí el paraíso perdido, y se darán de pescozones los que no supieron descubrirle cuando le hollaban sus miseros pies.

¿Pero cómo se obrará ese milagro? — dirán ustedes. Milagro, justo; milagro que oscurece las glorias de Moisés, y otras maravillas, incluso las del cuerno de la abundancia. Yo estoy más alegre que unas pascuas: no hago sinó frotarme las manos de gusto, y advierto que no es tanto por la parte de dicha que me toque, como por pensar en la cara que pondrán nuestros enemigos, y sobre todo el *astrólogo* Salisbury, á quien las profecías se le han vuelto vinagre ó pepinillos en conserva. ¿Pues no hay más que decir que España está llamada á desaparecer del mapa de los países civilizados? No dijo precisamente tal cosa el jefe de los torys, pero aun hay sabios por esos mundos que afirman habérselo oído.

Lo que á mí me parece oírle exclamar en estos apuros, rebelándose contra el descrédito de sus facultades de adivino, es:

—¿Y quién se iba á figurar que les cayera á los españoles un Villaverde como pedrada en ojo de boticario?

Cierto que Villaverde no acaba de darse á la luz, porque ya es granado en el mundo de la política; pero cierto también que él, pérfido como la onda, llevaba oculta su varita mágica. Reservábase para el momento en que los hados le colocaran al frente del ministerio de Hacienda, que es de donde podían salir los platos rotos, como salen los pucheros del ministerio de la Gobernación.

Con todo Salisbury no tiene disculpa: porque si bien á los españoles nos cogen de sorpresa los talentos hacendísticos de Villaverde, un estadista de la talla del conservador inglés, debía haberlos adivinado: ¿no se saca por el hilo el ovillo? Pues Villaverde descubrió el hilo cuando aquella inmortal jornada de los estudiantes.

No hay como echar una ojeada, que desgraciadamente, no puede ser retrospectiva, sobre los presupuestos del ilustre ministro, panacea infalible que «con el

amparo de Dios, permitirá á la patria restañar sus heridas, *dispensando* (como dice elocuentemente el señor de la Viesca en el proyecto de contestación al Mensaje) las desdichas pasadas con un brillante porvenir.»

Y esto es tan fácil para Villaverde como comerse una merluza. Hay quien lo estima insoluble, pero para él no pasa de ser grave, cuanto más que hasta resuelve el problema con ventaja del crédito, porque ha descubierto ¡oh excelsa altitud del hombre! que la potencia contributiva de España es muy grande. ¡Y cómo que lo es! Yo me comprometería, no á nivelar, sinó á cubrir tres veces la nivelación, después de haber tapado la boca á todos los acreedores, y esto sin ser ministro, ni siquiera Villaverde.

Claro está que si yo fuera á meterme en harina como el ministro se mete en azúcares, seriame necesario cansar á los lectores mucho más de lo que el hasta ahora inédito Necker de las matemáticas de lo infinito va á cansarles, si sus proyectos se logran.

Asunto es para las hojas diarias de gran circulación (las más comprometidas periodísticamente), y no para mí: *se metan* ellas con las diferentes, varias y prodigiosas partidas puestas á parir: yo me limito, en guisa de resumen, á recoger esta observación: que no se escapan ni las ratas: que desde las achicorias al carburio de calcio, desde el vagabundo hasta el ocioso todas las industrias, todas las profesiones, todos los trabajos deben contribuir *no equitativamente*, que fuera lo de menos, sinó por partida doble á labrar la fama del nunca bien ponderado caballero Andante de los caminos contribuyentes que conducen al Tesoro.

Véase la clase. Cobra cualquiera un mísero jornal de veinticinco pesetas. Y de esos cien reales tiene que pagar recargo: por la casa, por la cédula, por el petróleo, por el gas, por el chocolate, por las frutas extraídas al natural, por la sal, por el azúcar, por la carne, y hasta por los nabos. Y no se cuente el tabaco para los fumadores y los dulces para los golosos. Pues cuando uno ha pagado tanta cosa, tanta contribución, tanto descuento aun se descuelga ese señor de los arbitrios niveladores, y dice: págueme, sobre todo lo que ya he cobrado al industrial, al comerciante y al casero para que se lo cargue á usted, el cinco por ciento, ó lo que es lo mismo: una, cincuenta. Ya sé lo que contestarán ustedes:—hombre, pues para lo que queda de los cien reales, álcese usted con el santo y la limosna.

Porque lo que dice el ministro al que trabaja es lo mismo que lo que decía aquel chusco al tonto que le pagó un cigarro:

—Yo fumo y tú escupes.

¡Cuando les digo que hasta el propio Polavieja se ha incomodado con su compañero de gabinete, y eso que aun no asamos!

Todos los ministros del Ramo, todos, han sentido vocación de buzos.

Todos han tratado de meterse en el bolsillo particular, para resolver ecuaciones con cantidades negativas.

Pero Villaverde les da cruz y raya. Sus antecesores han buceado por el procedimiento indirecto: este marqués prescinde de retóricas (ha oído él decir que están reñidas con las matemáticas) y se tira á fondo. Es más: ha pasado estudiando cinco meses la aritmética de Bardón, y como no la entendía sinó á medias porque está en francés, allá va: las progresiones por diferencia se le han antojado progresiones por cociente: y así resulta el desbarajuste que todo ciudadano sufrirá en los logaritmos. De esa manera se comprende que haya descubierto otro método para la regla de tres: el de la regla de cuatro.

Los empleados de casas particulares están sometidos á descuento, y yo declaro que no he visto cosa más graciosa en la clase de consejeros. ¿Porque, supone el señor Villaverde que los españoles, además de benévolos, según nos declara la constitución, vamos á ser cándidos gratuitamente?

Soy yo periodista, y no de los exceptuados, puesto que el ministro no exceptúa ni aun á los que hacen titeres. Cobro mis artículos donde me los pagan, (no donde me los publican, ¿qué tal, señor ministro?): ¿Y cree el señor ministro de Hacienda que voy á decirle: ahora acaban de darme cinco, diez, quince... duros? El ministro me gritará: he puesto el cinco por ciento sobre las utilidades, y yo le contestaré, repitiendo aquella célebre frase que ha quedado para memoria y lección de ministros á lo Villaverde:



— ¿Con cuál se quedan ustedes?

La Saeta

—¡Ahí me las den todas!

Las casas bancarias, los comercios, todos cuantos tienen dependientes, conocen de sobras el modo de burlar legalmente la fiscalización del gobierno, entre otras cosas porque entienden más, mucho más, de contabilidad y partida doble de lo que *no* entiende el adjunto del de la daga florentina.

En fin, tengo tela para rato, como la tiene el ministro si los diputados son tan diputados de la mayoría que pongan el visto bueno á sus cuentas galanas. No me despido, porque estas cosas á todos interesan, desde el momento en que el mismo Villaverde declara que la hacienda no pertenece á un partido, sinó á la Patria.

Bueno, por eso, porque pertenece á la Patria, señor Villaverde, no se puede jugar con los bolsillos particulares.

CLAK



Cuarto creciente.



A caza de nidos,

Casi drama

Al amigo Pepe Hernández.

Rosario era la muchacha más bonita de Málaga.

Para ahorrarme la tarea de hacer su retrato me bastará dejaros oír la conversación que sostenían *Pepillo Lentejuelas* y *El Curro* mientras apuraban unos *chatos* de manzanilla:

—Tu *carcula*—decía *Pepillo* hablando con ardor, y moviendo todo el cuerpo, como para dar más energía descriptiva á la frase. — Tu *carcula*, que yo estoy loquito por ella, y sabiendo lo *delicao* que me *jizo* mi madre *pa* estas cosas del querer, ya puedes decir *mu* alto que la virgen se *quea* chiquita *ar lao* de mi morena.

Apuró un *chato*, castañeteó los labios y después de afirmar que la manzanilla era «gloria pura» prosiguió:

—Mira, *tié* unos *ojazos*... así, como medio duro cada uno de grandes; negros como una noche de truenos... una mata tan espesa y tan larga de pelo *rizao* que tengo miedo de que algún día se le quiebre la garganta por no poder sostener tanto peso... y después ¡un piel y ¡¡una manoll y ¡¡¡una garganta!!!... Vaya, que ya pueden *dirse* de donde se ponga mi Rosario las buenas mozas si no quieren morir de envidia.

—Sabes que *ties* más sombra que una casa con gato negro.

—Y, que lo digas.

—Pues, á la salud de esa reina.

Y bebieron una vez y otra, *Lentejuelas* con el pensamiento puesto en Rosario y *Curro* también. Porque *Curro*, con ser tan buen amigo de Pepe, le tenía envidia y grande, y desde aquel punto no vió en *Lentejuelas* otra cosa que un enemigo. Le daba coraje que tuvieran los demás buena suerte y que encontraran cosas mejores que él.

Rosario, aquella niña, la más pura y fragante flor de Málaga, le estaba haciendo cosquillas en el pecho y sin haberla visto nunca, lamentaba no ser su galán él sólo.

Comprendió que debía disimular su sentimiento y lamentó tener aquel natural de suyo envidioso que empezaba á alejarle de su mejor amigo.



Baile de fantasía.

Tuvo ideas de emborrachar á *Pepillo* y pidió *chatos* y más *chatos* para conseguir ponerle como una cuba y desacreditarle ante la novia.

Bebiendo y charlando por los codos pasaron dos horas hasta que *Lentejuelas* dijo que tenía que ver á la niña, y á las preguntas de *Curro* dijo que no tenía inconveniente en que le acompañara.

Rosario esperaba en la reja, marco de flores donde encajaba admirablemente su hermosura.

Se saludaron y *Curro* tras de mirar con aire más impertinente que picaresco á la hermosa hembra dijo:

—Tras de haber visto *er sol*, ya no me *quea* otra cosa que *dirme* ciegucecito *pa* casa.

Pero no se fué. Se olvidó de que *Pepillo* estaba delante y empezó á cortejar á Rosario.

Lentejuelas oía impacientándose la impertinente charla del *Curro*, y más de una vez estuvo tentado á mandarle retirar. Pero se contuvo, aunque á duras penas hasta que oyó que dirigiéndose á la niña y señalándole á él dijo:

—*Paece* mentira, *barconcito* del cielo, que se haya *enamorado* usted de *Pepillo* habiendo hombres en el mundo tan cabales como yo.

Rosario se puso encarnada y *Lentejuelas* lleno de coraje agarró por un brazo al *Curro* diciéndole:

—Me *paece* que *pa* broma ya basta, y creo que te deben estar esperando.

—Aquí el que estorba eres tú.

—Vete y no me busques las cosquillas, *mía* que las tengo aunque no me ría cuando me las encuentran.

Fueron enredándose las palabras, que el vino hacía más broncas y ardorosas; la sangre se calentó hasta poner febriles los cuerpos y el *Curro*, que era un valentón de esos que se creen que todo el campo es suyo, llegó á tirar de navaja diciendo con una calma que hizo gritar á Rosario espantada:

—Vaya, niño, dí donde quieres que te entierren, y reza por tu alma.

Lentejuelas ciego de coraje buscó en sus bolsillos un arma para defenderse y no encontrándola, sin ver siquiera lo que hacía se abalanzó á su contrario descargando en él tal número de puntapiés y puñetazos, que el *Curro* dejó la navaja en el suelo y echó á correr creyendo que se le venía encima el cielo.

El valentón no se cuidó de volver por la navaja, tal miedo llevaba dentro de su cuerpo, y siguió corriendo á todo correr hasta que convencido de que *Lentejuelas* no le seguía, se paró y reponiéndose.



Danzantes.

dose un poco, detuvo al primer transeunte preguntándole:

—¿Oiga usted, compadre, sabrá usted decirme aonde hay una Iglesia?

—¿Pa qué quié usted iglesias a estas horas?

—Pa avisar el Santolío. Hay ahí un niño, que m'a fartao, y no quiero que se vaya der mundo sin Sacramentos.

Y el Curro echó á andar calle arriba, pero no entró en la Iglesia, contentándose con entrar á beber unos *chatos* y á limpiarse la ropa en la primer taberna que encontró.

RUILOP



La Fortuna y el Dinero

Del brazo de la Fortuna iba el rubio don Dinero: él, nobiote y caballero; ella, casquivana y tuna.

Dicen, que recién casados ambos ya al morro anduvieron, porque ei hacer pretendieron á todos afortunados.

Vino á sacarles de apuro por casualidad un pobre; y él, echando mano al cobre, le dió todo un peso duro.

Ella fué, y con mucha gracia el duro h'zole perder,

que siempre habrá en la mujer exceso de perspicacia.

Mayor regalo él le dió, y también perdido fué; y otro, y otros, hasta que el rubio por fin cedió.

Viéndose ya ella triunfante y á su marido rendido, sacó todo lo perdido y se lo dió al mendicante.

Por eso en parte ninguna hoy se encuentra al caballero rubicundo don Dinero; pues..., lo absorbió la Fortuna.

DIEGO DA PAULO

The Standard.

Mis Laura Ha'l, en la ópera «Carmen».

Pilar Fábregas

La hermosa Pilarica, como la llaman sus admiradores.

Y á fe que no se engañan, según puede verse por los cuatro traslados adjuntos (que no son sinó débil y pobre copia del original), escogidos entre los diferentes tipos que, con talento y donosura, animó en la escena.

Nó, los retratos no reflejan bien la gallardía, la gracia de su espléndida figura; posee el don supremo del gusto, que se refleja en los rasgos, en los movimientos más insignificantes de los seres distinguidos, y de tal modo en Pilar, que aun cuando vista con sencillez, descubre no sé qué sello de elegancia nativa y adorable.

Pilar Fábregas entró en el teatro como entran los verdaderos artistas, sintiendo irresistible vocación. Así ha conquistado respetos, aplausos y renombre en todas partes, siendo mimada y querida de todos los públicos, por sus notables cualidades, por sus aptitudes, que avaloran su elegante fraseo, y su delicada y dulce voz.

En esta ciudad, ha estado descansando la bella aragonesita de sus excursiones por América, y en breve saldrá para Lisboa ventajosamente contratada, y donde es seguro que conquistará nuevos triunfos.

Que con toda el alma le deseamos, no hay por qué decirlo.



El puñado de trigo

Llevo del más hermoso y rubio trigo,
que ha dorado las eras en Agosto,
rebotante mi diestra.

Mis afanes
son ir buscando la fecunda tierra
que convenientemente preparada
pueda admitirlos en su ardiente seno.

Huyo de la maldita que cultivan
los caducos ancianos, ya cansada
de dar hermosas y fragantes flores.
Prefiero el pedacito de terreno
que cultivado por robus'a mano
sea fecundo, y en cosecha espléndida
nos dé multiplicadas las semillas.
Quisiera que el puñado que yo llevo
nos diera el fruto virgen y abundante
para poder hacer la Hostia Sagrada,
con que han de comulgar los que con bríos
van en las avanzadas del Progreso.

Sé yo: que los terrenos son grandiosos,
pero estoy bien seguro de que el grano
no arraiga siempre; que en algunos sitios,

Cañitas

Comparo yo mi cariño
á esas grandes tempestades,
que se amasan de repente
y no las domina nadie...

¡No dudes, él te querrá...
porque tú puedes ser buena,
que yo te he visto llorar...!

Afirma que no soy malo,
morenita de ojos negros,
que á mí, me dicta mi madre
y mi madre, está en el cielo...

Hablando los dos mentimos
y no nos podemos ver,
en cambio cuando callamos...
¡nos entendemos tan bien...!

No ha comprendido el Doctor
la enfermedad que padezco,
á mí me falta cariño
y me dominan los celos...

J. ENRIQUE DOTRES



debajo de una capa que enamora,
se encuentra el pedregal; que en otras partes
no se ha labrado nunca, y allí el tallo
jamás podrá romper la dura capa.

Donde gallardos y forzudos mozos
no rigieron la yunta poderosa
que tira del arado; donde nunca
se hundió la azada; donde manos hábiles
no han arrancado de raíz la yerba,
no se debe sembrar. Es preferible
echarles las semillas á los pájaros.

¡Compañeros del alma! Si sabéis
donde está ese pedazo de terreno
que busco con afán; si decididos
con vuestra propia mano habéis labrado
esa poquita tierra que me falta
para arrojar mi trigo; si llegasteis
á fértiles regiones donde el hombre
pueda sembrar sin miedo, acompañadme
hacia el Lugar bendito. No transcurra
el oportuno tiempo, pues es lástima
que se coman los viejos gorriones
el puñado de trigo que yo llevo.

RAFAEL RUIZ LÓPEZ





¿A QUE NO ME ENCUENTRAN?

La casita de nieve

Allá, junto á los Astilleros de Giordano, y bañándola el espumoso mar de uno de los puertos de Italia, levántase una casita blanca, cuyos torreones recuerdan aún las hazañas de los Condes de Valppisso.

Habita aquella casita la Baronesa viuda de Santzzino, y acompáñala en aquel, que pudiéramos llamar destierro, Georgina, pobre huérfana de doce años, á quien quiere entrañablemente, no sólo por natural bondad, sinó también porque al morir sus padres, le encomendaron la educación de aquella criatura.

Georgina, era muy bella; orlaban su preciosa cabecita rubios y sedosos cabellos, que

caían en forma de bucles sobre sus torneados hombros: sus ojos azules, como el cielo de Andalucía, estaban poblados por largas pestañas, que los embellecían de una manera extraordinaria, y la nariz fina y delgada, los labios y los dos hoyuelos que ostentaban sus rosadas mejillas, eran dignos de aquella carita redonda.

En la casita, reinaba la felicidad.

El siniestro empuje de las olas, impelidas por un fuerte viento huracanado, arrojaron cierta noche sobre aquellas playas los restos del pailebot «San Nazario», salvándose milagrosamente el piloto Ernesto Royant; quién, ya en tierra firme, buscó hospitalidad dirigiéndose al retiro de la baronesa. Desde aquel día, la Providencia le deparó un seguro refugio y los cuidados y atenciones que necesitaba para remedio de su situación. Georgina se mostraba cariñosa con él: hacíale relatar, á grandes rasgos, los episodios que le habían ocurrido en sus viajes por el mundo.

El marino, permaneció allí el tiempo necesario para reponer sus debilitadas fuerzas, y á poco, recibió orden de la casa naviera, para que se encargase del mando de otro de los buques de la misma. La despedida fué por demás desconsoladora para la pobre Ceorgina: por fin tuvo que resignarse y Ernesto marchó á Génova, saliendo á los pocos días para el Brasil, según órdenes de los armadores: de allí siguió su derrota para San Francisco de California, recorriendo toda la América del Norte y recalando después en Valparaíso. Se alistó en este puerto, y cuando ya estaba en la séptima singladura de su navegación, al romper el día, el *serviola* dió la voz de que por el *ala de estribor*, se divisaba un buque con el pabellón chileno, que á toda máquina enfilaba hácia el *bastimento* de Ernesto. A un cuarto de milla, el corsario dis-



Coral Diaz.

Esplugas



Rosa entre espinas.

paró un cañonazo, como en señal de pedir rendición: Ernesto, no pudiendo luchar contra la velocidad de aquella potente nave, *orzó á la banda*, y aguantándose *al paio*, esperó.

El buque fué *abarloado* y reducidos á prisión todos sus tripulantes. Ernesto, quedó arres- tado en la cámara del capitán del barco enemigo.

Su carácter afable y cariñoso, hizo que se captara las simpatias de aquellos foragidos piratas, en cuya compañía tuvo que resignarse á vivir por mucho tiempo.

Muerto el segundo del buque, ocupó el marino su plaza, por elección del capitán.

Navegaban por las costas de Irlanda cuando acertó, á pasar á vista de ellos, un vapor.

El corsario dirigió su proa al buque, y en menos de dos horas, el buque quedó tomado al abordaje por los piratas. La tripulación fué pasada á cuchillo, y el pasaje, condenado á sufrir luego la misma dura suerte. Los forbantes se entregaban á todo género de atropellos: nada podía compararse con la perversidad de aquellos mónstruos, que fueron asesinando uno á uno á todos los pasajeros; y ya iban á saciar sus feroces instintos en las mujeres, cuando Ernesto, saliendo de su camarote, se dirigió á la fila de éstas (que habían formado en cubierta) y, cogiendo un hacha de abordaje, la blandió con ímpetu, é interponiéndose entre los marineros y sus victimas, exclamó:

—Al primero que se atreva á dar un paso, le parto el cráneo.—Al proferir estas palabras, vióse Ernesto rodeado de aquellos foragidos, quienes le acometieron con ánimo de rematarle. La lucha fué terrible: Ernesto apoyó su espalda contra el palo mayor, y cuando más encarnizada estaba la pelea, deslizóse una mujer desde el reducto de proa, y apoyó su cuerpo en el lado contrario del que ocupaba el marino, revólver en mano y ayudándole en la defensa. La cubierta del buque quedó de allí á poco sembrada de heridos y cadáveres: el resto de los tripulantes fueron encerrados en la bodega.

Cuando Ernesto salió de su estupor, llenósele el alma de júbilo.

La mujer que con tal valentía acababa de salvar su existencia era Georgina, la de la Casita de nieve.

JOSÉ SELMA ORTIZ



Pensando en el amor y en su dulzura
se ha dormido del bosque en la espesura,

y al verla así sus locas compañeras,
la obligan á dejar tantas quimeras



haciéndole cosquillas,—y agarrando cabeza y pantorrillas



le dan tres golpecitos en el suelo,—en un lugar en donde si hay narices,—le hacen ver estrellado todo el cielo.

Las verbenitas

Este año no se puede decir que San Juan cayó en viernes, pero la verdad es que le ha faltado poco, mejor dicho, que le ha sobrado poquísimo, pues ha caído en sábado, con gran fruición de los que cobran por semanas, que han percibido ó debido percibir sus haberes veinticuatro horas antes de lo usual y corriente, merced á una de las rarezas que con justicia merecen el nombre de *cosas de España*.

Como la humanidad en general, y particularmente la humanidad española, adolece del feo vicio de quejarse, durante una porción de años dimos en lamentarnos amargamente de que el número de fiestas era excesivo; y, tanto lloriqueamos y tanto se declamó contra la vagancia forzosa, y tanto se despotricó á propósito de los jornales que perdían los trabajadores y del sin fin de males que con tal motivo experimentaban la industria, el comercio, la agricultura, etcétera, etcétera, que la autoridad eclesiástica, convencida de la justicia que asistía á los reclamantes ó, lo que es más probable, harta de oír lamentaciones y disparates, suprimió una porción de fiestas, entre ellas la de San Juan y los segundos días de Pascua.

Pero no fué tan pronto hecha la supresión como invalidada ésta por los mismos que tanto empeño pusieron en obtenerla. No hay segundo día de Pascua en que no estén cerrados á piedra y lodo talleres, fábricas y comercios, y otro tanto acontece en la fiesta onomástica del Bautista. El jaleo comienza la noche antes, bajo el frívolo pretexto de celebrar la verbena y dura todo el día siguiente, sin que haya quien se acuerde de que la festividad está oficialmente suprimida, ó tal vez por recordarlo demasiado.

Esto es lo que acontece en la inmensa mayoría de los pueblos de España. En Barcelona aun vamos más allá: muchos días antes del 24 comienzan los apreciables chiquillos de todos los barrios de la población y de su ensanche á quemar carretillas, cohetes y bengalas y á disparar petardos con gran satisfacción de los transeuntes, que disfrutan las más agradables emociones al correr el riesgo de perder un ojo ó de sacar chamuscada alguna prenda de ropa que na costado otro ojo de la cara, ó poco menos.

Verdad es que este año, merced á la energía del gobernador, se ha reducido á las más míni-



Esplugas.

Voy enamorando chicas,
que á todas suelen gustar

mi morrión y mi traje,
mi gracia y marcialidad.

mas proporciones tan inocente como salvaje distracción; pero así y todo aun se ha gastado más pólvora de la conveniente. ¡Cómo que en una ciudad civilizada no debería hacerse de aquella gasto alguno para semejantes usos!

Otra mala costumbre: la de las hogueras que se forman en medio de la calle con trastos viejos recogidos por la vecindad.

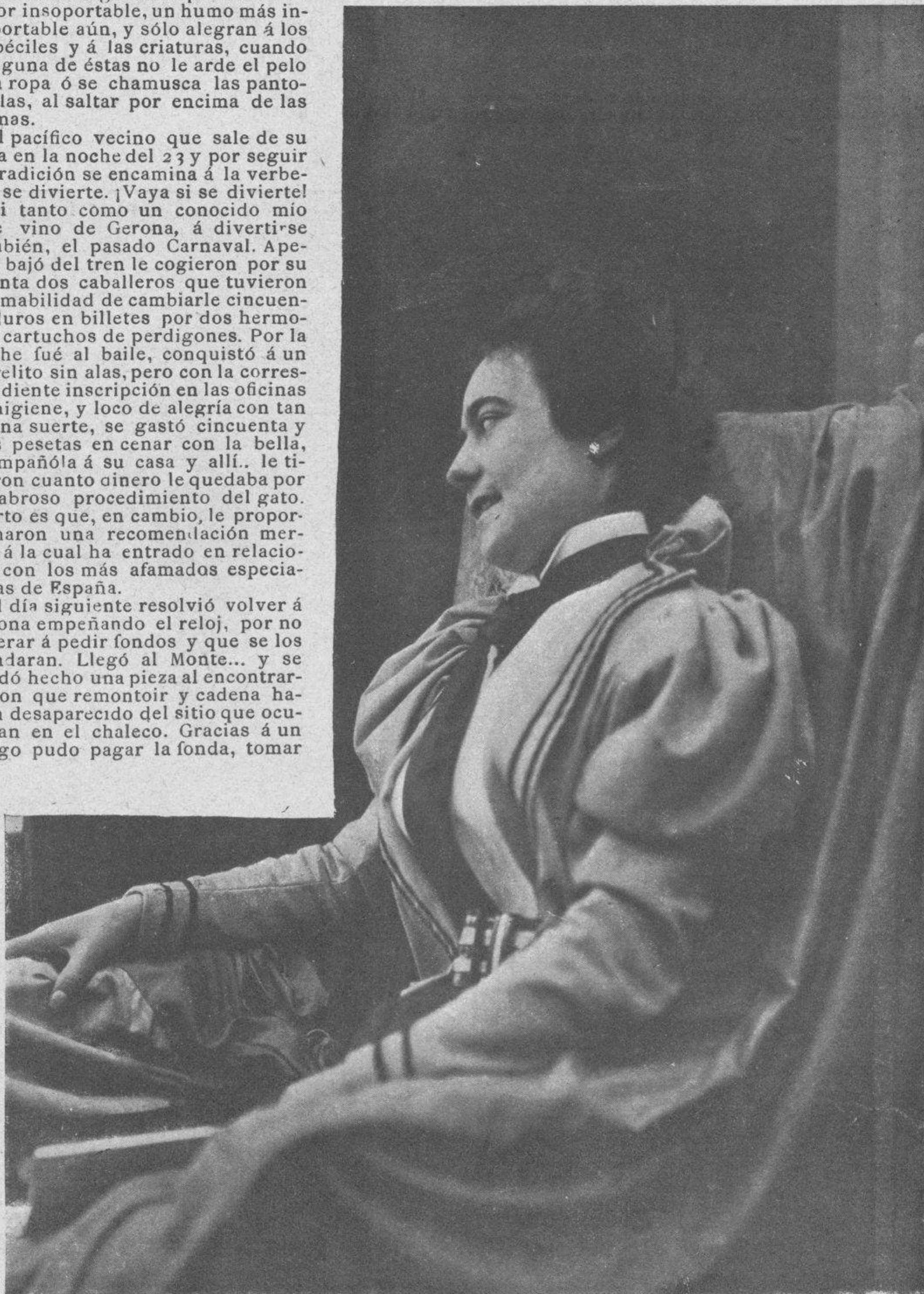
Las tales hogueritas producen un calor insoportable, un humo más insoportable aún, y sólo alegran á los imbéciles y á las criaturas, cuando á alguna de éstas no le arde el pelo ó la ropa ó se chamusca las pantorrillas, al saltar por encima de las llamas.

El pacífico vecino que sale de su casa en la noche del 23 y por seguir la tradición se encamina á la verbena, se divierte. ¡Vaya si se divierte! Casi tanto como un conocido mío que vino de Gerona, á divertirse también, el pasado Carnaval. Apenas bajó del tren le cogieron por su cuenta dos caballeros que tuvieron la amabilidad de cambiarle cincuenta duros en billetes por dos hermosos cartuchos de perdigones. Por la noche fué al baile, conquistó á un angelito sin alas, pero con la correspondiente inscripción en las oficinas de higiene, y loco de alegría con tan buena suerte, se gastó cincuenta y tres pesetas en cenar con la bella, acompañóla á su casa y allí, le timaron cuanto dinero le quedaba por el sabroso procedimiento del gato. Cierto es que, en cambio, le proporcionaron una recomendación merced á la cual ha entrado en relaciones con los más afamados especialistas de España.

Al día siguiente resolvió volver á Gerona empeñando el reloj, por no esperar á pedir fondos y que se los mandaran. Llegó al Monte... y se quedó hecho una pieza al encontrarse con que remontoir y cadena habían desaparecido del sitio que ocupaban en el chaleco. Gracias á un amigo pudo pagar la fonda, tomar

el tren y abandonar la condal ciudad lleno de agradecimiento por las muchas atenciones que aquí se le guardaron.

Aunque no sea héroe de tantos lances y peripecias, no menos satisfecho debe mostrarse el forastero ó vecino que como más arriba dije, se lanza á la calle en noche de verbena.



— ¡Pero, que listo es! ¡si fuera verdad todo lo que me dice!

La Saeta

Si ha salido con bien de entre las criaturas pectardistas y no le han causado más de veinte golpes de tos el humo de las hogueras, llega al Paseo de Gracia y á la entrada de la Rambla, y allí le esperan también los más puros goces: la gente le empuja, le pisotea, le ahoga, le estruja por todos lados; suda la gota gorda y el tufillo de los buñuelos (porque aquí ¡ay! también nos hemos contagiado y hacemos buñuelos como en las verbenas de la villa y corte); el tufillo de los buñuelos, digo, le produce el más simpático de los cosquilleos en la garganta, algo así como si se pasearan por ella siete docenas de moscas. Por fin, en fuerza de dar y recibir achuchones, se acerca á las mesas donde se expenden las tan acreditadas *cocas*, con y sin piñones, y es claro, cae en la ten-

tación de comprar una. Se la lleva á su casa rebotando de júbilo, reúne á la familia, salen á relucir un par de botellas, se efectúa equitativamente la distribución de la torta empiñonada... y dos horas después todos los individuos que forman parte de aquel hogar, antes tranquilo, comienzan una furiosa danza macabra y se retuercen como serpientes y se aprietan el vientre adoptando las actitudes más artísticas y caprichosas que es posible imaginar. Sólo algún que otro individuo, de férreo estómago, logra digerir la coca sin más que gastarse seis ó siete pesetas en magnesia ó aceite de recino.

¡Yo comí un pedazo hace catorce años y creo que aun no lo he concluído de digerir!

BLAS QUITO



LA NOCHE DE SAN JUAN. — En las hogueras.



Pensando en él.



MISCELANEA



En las oficinas de lo civil.

Entra un baturro.

—¡Buenoos díaaas!

Nadie le hace caso y se queda el tal en medio de la sala, formando trípode con las dos piernas grandemente abiertas, y la una mano empuñando el extremo de su vara de fresno debajo el sobaco, y la otra colgando con los dedos en abanico; miraba el hombre á una y otra mesa, y como no le llamaran de ninguna se impacientó, y haciendo infinidad de muecas, dijo levantando la voz:

—He dicho que ¡buenoos díaaas, tengaaan ustedeees!

Todos los escribientes se echaron á reir y hubo uno que le dijo:

—¡Pero hombre, acérquese usted á la mesa si quiere algo!

—Pus quiero la fe de pila de Manuelito Palma, porque le caso.

—¿Qué edad tiene su hijo de usted?

—Pus á eso vengo yo, á que ustedes me lo digan; aquí lo apuntaron, aquí lo han de saber; ¡contra, y qué tontos son ustedeees!

—Pues se va usted á buscar al que lo inscribió entonces y vuelve usted con él, ó que le diga en que año fué.

El hombre se quedó perplejo y tan poseído de que debía buscar el que lo registró en aquella época, que se retiró cortésmente, diciendo:

—Bueno, adiós; dispenseen ustedeees.

Claro es que el baturro tuvo que volver á las oficinas de lo civil.

En competencia Consuelo con la rubia Leonor, la una, me hizo ver el cielo, la otra, me mató de amor, y después vino mi entierro que las llenó de dolor por haber hecho tal yerro.

Cuando dos personas llegan á ponerse de acuerdo buenamente en sus diferencias, las dos tienen razón, es decir, ambas salen ganando; pero cuando para solventar aquéllas han de recurrir á la acción de la justicia, las dos tienen culpa, ó mejor, ambas salen perdiendo.

¡A escoger!

La diferencia que ves entre un tonto y un astuto, es, que el primero es muy bruto, y el otro, todo al revés.

Al revolver de una esquina se dan de cara un hombre con una banasta y un caballero con sombrero de copa, el cual va rodando por el arroyo.

—¡Zopenco! — dice el caballero, — ¿qué mal te ha hecho mi sombrero?

—¿Y quién le manda á usted ponerse sombrero para venir á dar contra mi banasta?

Desde lo alto de un monte quise ver la inmensidad, y halléme que sin tus ojos estaba en la obscuridad.

Juez: ¿Usted negará que llevaba la maleta del señor á su casa?

Acusado: No lo he de negar, todo lo contrario; he de probarle á usía que yo no hice más que lo que el señor me dijo. «Toma, vete á casa á llevar esto», y yo no conozco más casa que la mía.

—En el papel que le dieron estaba la dirección.

—Usía me dispensará, yo no sé leer.

¿Me preguntas tú, salero, por qué me muero de pena? Porque tus labios, morena, nunca me dicen ¡te quiero!

Cuando el ignorante se ve arrollado por el hombre de talento, se humilla ante él, y por detrás le hiere con la más estúpida diatriba, que no puede encontrar eco más que entre los de su propia esfera.

Si á la hora de la muerte logro tener el consuelo de que me bese mi madre, ¡creeré estar en el cielo! ..

F. CUENCA PI.

El orgullo no cabe en el hombre bien educado.

CHARADA

4.^a el 1.^a 5.^a es perro,
4.^a el 5.^a 3.^a es nombre,
4.^a al 3.^a 3.^a es listo,
4.^a la 3.^a 2.^a 1.^a es loza,
4.^a 1.^a 5.^a 3.^a es hembra,
4.^a el 5.^a 5.^a es pera,
4.^a la 5.^a 1.^a es manca
y 4.^a todo es mar.

LINCO.

Rombo combinado

1
2 2
3 4 3
2 2
1

Substituyendo por sílabas los números, debe leerse: 1 2 3, tiempo de verbo: 3 2 1, pelotari; 1 4 1, prenda de vestir; 3 4 3, tiempo de verbo; 2 2, aplaudida producción teatral; 1, consonante.

P. LUQUÍN.

Cuadrado

● ● ● ●
● ● ● ●
● ● ● ●
● ● ● ●

Substituir los puntos por letras, de forma que horizontal y verticalmente pueda leerse: 1.^o mes del año; 2.^o verbo; 3.^o planta venenosa, y 4.^o en la baraja.

A. ARROYO MAJÓN.

Nuestro corresponsal exclusivo en la República Mexicana, es don Joaquín Llobet en Veracruz.

Tarjeta anagrama

Sra.
Juana Veca
de
Paco J. O.

Con las letras de este anagrama formar un refrán castellano.

CELESTINO G. HERBA.



Soluciones á lo insertado en el número anterior:

CHARADA: Re-la-mi-do.

ESTRELLA: T O N T O
 E A
 A E
 T
 E

PROBLEMA: 7 5 6 9
 6 9 7 5 } - 27.
 9 6 5 7 }
 5 7 9 6 }

TERCIO SILÁBICO: CA-TA-RRO
 NA

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO: Aguacero.

Correspondencia

Un español.—Sí, querido amigo; no tema usted á lo largo ni á lo corto, ni escriba usted con ese prejuicio: ya sabe que yo no mido á palmos.

R. T.—Usted me manda unos versos «con la condición de cobrar» y yo no se los publicaría ni tampoco con la condición de que fueran gratis. Cuanto más que ahora los periódicos, para que no se salga con la suya Villaverde, van á suprimir todos los pagos á los escritores.

L. D. M.—Comprendo que no se le importa á usted una *iga* de lo que yo conteste á su carta, puesto que empieza usted por merendarse la *h* correspondiente. Lo mismo le ocurre cuando dice que tiene el *onor*, con lo que le resulta un *honor* descalabrado. ¿Pero usted es que no ha estudiado la ortografía ó que pertenece á la clase de innovadores?

C. N. A.—¡La gracia de usted!

«La noche de San Juan nos fuimos
por esos cerros de Dios
y á media noche amanecemos
coloradotes los dos.»

Claro; amaneciendo á media noche tenían que verse ustedes corridos de vergüenza: lástima que no le durase á usted el rubor cuando pensó en transmitirnos las impresiones de ese fenómeno sin precedentes.

F. T.—¿Bueno, quiere usted que le indique las faltas?

Aproximando hacia el jardín un día
mi esfinge y mi pesquisa maliciosa
vi entre las zarzas una blanca rosa
que perfume y beldad la componía
volví á llegar y entre la selva humbría
hayé á un varón, en actitud enojosa
con una imagen que sin ser su esposa

un beso diputaban á porfía.
Rosada era también aquella esencia...

¡Cuerno! Una esencia rosada, un poeta que es esfinge y pesquisa á la vez y además de poeta, y por contera pesquisa maliciosa; que ve, que *vuelve á llegar*, que *haya* á la *imagen* de un varón, que no es su esposa, y sin embargo, digo, á porfía diputaban un beso... cuerno, cuerno, cuerno tres veces ¿quién desenreda esa madeja? ¿quién indica faltas, donde hay más disparates que palabras? Renuncio; no quiero volverme loco.

K-ch-tt.—No me disgustan, aunque no dejan de tener algunos defectos; pero no me es posible complacerle. Tampoco puedo escribirle particularmente, por mis muchas ocupaciones. Comprenderá usted, que para los centenares de cartas que recibo, necesitaría media docena de secretarios, si tuviese que devolver originales.

O. M. L.—Se publicará.

Anascágoras.—También lo de usted.

R. L.—¡Un soneto que tiene cincuenta y seis versos mal medidos! ¿Dónde aprendió usted retórica y poética, en las Pampas?

Pollino.—Taparse las orejas:

«Yo la emprendí á palos
con la casta Leonor
que dormía con la luna
y ella sin miramientos
tan tremenda me dió
patada, que sintiéndome dolorido
me puse á decir ¡oh! ¡oh! ¡oh! »

¡Qué bien rebuznas, pollino!

L. G. M.—Escribe usted muy bien, con mucha soltura. Descubro en sus trabajos rasgos felicísimos, salidas que no son de pie de banco, como las de otros graciosos. Y creo no equivocarme si le aseguro que hay en su ingenio una vena satírica de primer orden. Deje, pues, los asuntos tétricos: dedíquese á lo cómico, y estudie usted en este ramo á los buenos autores. No imite á Taboada, ni á Silva. Huya de las lecturas de Jackson, de Felipe Pérez y de Perrín, como del diablo.

Chicote.—Malos vientos corren para usted, amigo. Si no deja usted esas aficiones á lo ajeno, el mejor día parará usted en Ceuta. Yo no desconfío de que se aplique el código, y con mano severa, á los ladrones literarios.

R. T. V.—¡Pero qué gracia, hombre, qué gracia! ¡Y qué manera más delicada de llamarse á sí mismo estúpido!

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia
al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

◆ PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN ◆

España y Portugal, semestre 6 pesetas.
Año 11 »
Extranjero y ultramar, un año 17 »
Número corriente, 20 céntimos.
Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. — Pago adelantado.

Establecimiento tipográfico de «La Ilustración», calle de Valencia, 311. — Barcelona.

La Saeta



20 cents.

Núm. 450

